

## TRIBUNA ABIERTA

## «¿Que hable [e]n-andalú!»



POR ANTONIO  
NARBONA

Si ni fuera ni dentro se ha exigido a nadie pedigrí idiomático, es lógico que resulte chocante y algo extravagante que unos andaluces pretendan imponer a otros una particular forma de 'hablar'

**C**UENTA Alfonso Guerra en sus Memorias –de lectura recomendable, y especialmente para los que tienen cincuenta años o menos– que cuando, el 4 de diciembre de 1977, empezaba a dirigirse, desde el balcón del Ayuntamiento de Sevilla, a los numerosos ciudadanos que reclamaban el acceso inmediato a la autonomía plena de Andalucía (por el 'famoso' Art. 151 de la Constitución), un grupo de militantes del entonces Partido Socialista Andaluz, situados en primera fila, lo interrumpieron con el grito que figura al frente de estas líneas. Sin salir de su asombro, comenta: «Si no había hecho otra cosa que hablar (en) andaluz desde que nació... eso sí, no el de los sevillanos Álvarez Quintero, que en la calle nunca se oye». Lo mismo hubiera podido decir del reflejado en las obras del gaditano Muñoz Seca y de tantos otros.

Menos mal que los vociferantes no se acordaron de que el también andaluz Juan Ramón Jiménez –al igual que J. de Valdés cuatro siglos antes– era partidario de «escribir como se habla», lo que –además de ser misión imposible– en las tierras andaluzas llevaría a controversias sin fin ¿Cómo escribir necesidad: 'nesesidá', 'nececidá', 'nehehidá'...?

¿Qué estaban 'exigiendo' a A. Guerra quienes le pedían que «hablara en andaluz»? Incluso en el caso de que sólo quisieran decir «¡que pronuncie en andaluz!», no hubiera sido menor la extrañeza del que pocos años más tarde acabaría siendo vicepresidente del Gobierno español, y que hoy continúa seseando y aspirando o «comiéndose» –s implosivas. Cuando, hace poco, en una entrevista televisada, el periodista le fue enumerando las discrepancias de su partido (PSOE) con UP, con el que gobierna en coalición, no dudó en reconocer («tó eso son sesione») las continuas cesiones que los socialistas han tenido que ir haciendo para no romper el pacto firmado.

Ninguna otra alusión al habla andaluza hay en las 350 páginas del libro. Y en la única reflexión lingüística que figura en todo el texto, lo que trata de descubrir, no es el 'atractivo' de los rasgos fonéticos peculiares de su modalidad, sino el 'poder' de la oralidad. Casi en el mismo escenario (plaza de San Francisco, de Sevilla), al intervenir en el acto de cierre de una masiva concentración convocada por la Confederación Internacional de Sindicatos, confiesa no entender bien «la alegría y el entusiasmo desbordantes» de miles de jóvenes de todas las culturas del mundo que no o apenas conocían el castellano. Sólo se le ocurre pensar en la posibilidad de que aplaudieran contagiados por los pocos españoles allí presentes. Quizás ayuden a entender su sorpresa ante la

inesperada 'reivindicación' de los andaluces unas palabras suyas no referidas específicamente a los usos idiomáticos. Dice sentirse «incapaz de resistir la simulación diaria de 'rebuscar' en el pasado rasgos que distinguieran a los andaluces de otros españoles», pues «mi amor por Andalucía no podía neutralizar mi espíritu universal, me era imposible aceptar un encorsetamiento regional o provinciano» (página 244). Le faltó añadir que cada vez que una lengua o variedad se convierte interesadamente en la primera señal de identidad, ya no hay marcha atrás.

Al lado de otras aspiraciones del PSA, organización política que, de pretender convertirse nada menos que en la única socialista representante de los intereses de los andaluces, pasó en poco tiempo a despojarse de tal adjetivo (PA), la reclamación de un 'cambio' de dicción a un orador, andaluz, puede parecer irrelevante. Pero es reflejo de que sus miembros no sabían muy bien por dónde iban las necesidades y anhelos de la región. De hecho, ha acabado ocupando un papel residual en el tablero de las fuerzas a las que los ciudadanos han ido encomendando la gestión en Andalucía.

En cambio, al partido a que pertenecen aquellos dirigentes del «grupo sevillano» (entre los que se encontraba el autor de estas 'Memorias'),



ABC

que «hablaban andaluz», el pueblo le fue encargando, desde 1982, no sólo el gobierno de Andalucía, sino también las riendas de España, durante una etapa prolongada. Y en los relevos producidos posteriormente nada ha tenido que ver la disparidad de modalidades del español en que se expresaban los gobernantes.

Si ni fuera ni dentro de la comunidad autónoma andaluza se ha exigido a nadie pedigrí idiomático alguno para acceder a cargos de responsabilidad, es lógico que resulte chocante y algo extravagante que unos andaluces pretendan imponer a otros una particular forma de 'hablar', aunque ello se reduzca a un modo en particular de 'pronunciar', de los varios perceptibles en Andalucía. Los gritos de los aspirantes a 'reventadores', además de rechinar a los oídos de los que conocen tal diversidad, parecen haber acabado volviéndose contra ellos mismos. Y es que, para enarbolar una bandera lingüística regional hay que conocer bien los varios 'colores' de la misma.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO  
EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA